

Carta a Alberto

Primer Premio Cuento Breve

Categoría Socios (año 1999)

Autor: Dr. Ariel Gustavo Fraga Cabrera

Seudónimo: "Miriam"

Todavía tengo unos minutos. Pensaba escribirte ayer de noche, luego de que te fuiste, pero mi compañera de habitación estuvo dolorida y fue imposible; así que después que se calmó ya fue muy tarde para molestar a ella y a su acompañante con la lámpara de madrugada. Tuve que esperar a que la luz del día atravesara la persiana para empezar, evitando que la ansiedad gobierne mi caligrafía.

A medianoche la enfermera me ofreció un sedante que acabaré por tirar al inodoro: precisaba la vigilia nocturna para ordenar ideas y administrarlas en el tiempo-reloj que me fijé como plazo. Tenía que ocupar y aligerar aquellas horas previas que se apoyaban pesadamente sobre mi cuerpo, vacías de contornos definidos, de indecisión. El aire primaveral que entraba en silencio por la ventana no dejaba respirar la promesa de las noches sin final, del paseo en la rambla, de los amigos reunidos, ese adelanto de renovada felicidad que yo no me obligaba a identificar, o al menos inventar. Semisentada en la cama fui llenando los minutos y la sala de bocas y de gestos con palabras incomprensibles, aplastadas entre sí y que tuve que diseccionar y ordenar hasta darles un significado de frases robadas, reconocibles, y que quizá tengan valor testimonial, cuando no probatorio.

Si tuviese la certeza de que la enfermedad me sustituyó, de que ocupase el lugar de mi cuerpo, el de mi alma que entonces sólo podría sentir como cáncer, sería todo distinto. Si supiera que no hay punto de mí libre del mal con la misma convicción que alguien que se lanza desnudo en un río sabe que antes de salir a la superficie, por un instante no habrá zona de su piel sin contacto con el agua; o si lo intuyese o sintiera sin necesidad de prueba, como a esos universos que existen y nacen bastante antes de ser descubiertos y verificados, entonces no sería tan difícil. Entonces quedaría menos y no habría mu-



cho tiempo para sufrir juntos, ni para ponernos a prueba, ni para agregar a mi desgracia la desgracia del amor concluido. Pero la única certeza que tengo son los ganglios en la axila infestados de cáncer y la planificada ablación mamaria. Y aunque los médicos me digan que con las terapias modernas se puede dominar el cáncer y yo crea que por un tiempo o para siempre voy a quedar libre de enfermedad, ya no me va a importar. Vos sabés, Alberto –aunque no me lo hayas dicho sé que sabés–, que lo que más me duele no es una futura placa con una mancha metastásica en el pulmón o en el hueso, ni el probable cobalto quemando la piel marcada y acartonada, ni la cabeza rapada como un terreno desierto donde poco antes hubo un

bosque que fue arrasado; ni siquiera el dolor físico y su temor. Nada de eso duele tanto como la idea del tórax asimétrico, la sensación varonil que te daría la parte izquierda de mi torso.

Espero que empieces a entender lo que significaría que me faltase un pecho. Los dos tendríamos que levantar nuestra felicidad sobre una mutilación, una mutilación que debería ser, sin perversidad, la cualidad irresistible de mi cuerpo. Para ello tendrías que imponerte la tarea de mirar sin disgusto la cicatriz en el lugar de mi mama izquierda, ensayar una y otra vez una cara de felicidad, de lujuria, que sería la prueba convincente de que me seguirías deseando; un brillo en tu mirada fuente de dicha y confianza, un gesto

Premio Colonia de Vacaciones (año 2000)
Tema libre. Obra:
Las máscaras del profano.
Autor: Dr. Escandor El Ters

que no me haga intuir la piedad. Pero no quiero que llegue el momento en que te obligues a desearme, y menos quiero que ésa, tu abnegación, sea evidente, porque sé que lo último que querías es dejarme sospechar la lástima. No quiero que te sientas responsable de mi felicidad, que ya no sería la nuestra entonces, ni que sufras por mí, o lo que es peor: que te empujes a sufrir. Quizá el temor a demostrarme tu piedad te obligue cualquier cosa, a mentir que me seguís queriendo o que sos feliz con una mujer para la que toda dicha futura incluya la ausencia de una parte de su cuerpo.

Ahora mismo, y antes, estuve buscando las posibilidades que tengo de vivir, de participar, interesarme, y estoy segura que iremos descubriendo que todos los temas pueden conducirnos al costado izquierdo de mi pecho. Tendremos miedo de hablar porque el mundo entero será una alusión constante a mi desgracia. Esta desgracia que tampoco tengo la ilusión de gastar y olvidar repitiéndola en voz alta.

Vos, Alberto, ya estás entendiendo que todo esto te lo digo porque no quiero que me pase lo de Gertrudis, que nos pase lo que a ella, esa historia que conocemos bien y que

discutimos y sentimos alguna vez, y a la que en estos días volví, y que me salvará de repetirla. Por eso ya decidí. Ahora veo que en aquel momento decidí, sin sospechar ni desear el cáncer, mucho antes de descubrir con la mano que te escribe la dureza redonda en el pecho izquierdo, el tumor que me condena sin anunciar día de ejecución. Y elegí también, y más que nada, porque te va a pasar como a él, que no pudo soportar la desolación y las lágrimas que movían la voz de Gertrudis cuando hablaba. Y, como él, vas a creer que muerta sería peor, pero sería definitivo; sé que llegaría el momento en que me prefieras muerta, porque muerta sólo te podría repetir cuando te visite mi recuerdo y no yo misma, a tu lado todos los días, como un testigo en silencio, monótona y permanentemente, tu desgracia y la mía.

Alberto, sería horrible que cada uno sufra por el otro, pero sería mil veces peor entender que ese padecimiento, en algún momento de nuestras sobrevidas, sea la evidencia irrefutable del desamor, mucho antes de que la muerte nos separe.

Ya estoy por terminar. Te quiero decir que no tendría sentido que te reproches por no haberte quedado ayer de noche, por ha-

berme hecho caso y no resistir mi negativa a que me acompañaras la simple noche antes de la operación. No te culpes porque es inútil; a veces la resignación al destino que nos toca, que llega más tarde o más temprano, debería de ser una de nuestras virtudes.

A las siete simulé dejar que la enfermera de la mañana me despertara para tomarme la temperatura y la presión, y colocarme el suero y el antibiótico antes de la cirugía que estaba fijada para las nueve; le ofrecí el antebrazo izquierdo para dejar la mano diestra libre de la tubuladura y así poder escribir después. Cuando termine guardaré la carta como si fuese un señalador entre las páginas del libro sobre la mesa de luz. Luego cuidaré dos o tres detalles y con la discreción de un último gesto de coquetería tomaré la cartera y me encerraré en el baño. Una vez adentro retiraré el suero manteniendo el catéter imprescindible en la vena; buscaré las ampollas de insulina y la jeringa que cargaré con la sobredosis suficiente.

A esta altura no sé, querido, como creo que tampoco sabía muy bien Gertrudis, si se trata del pecho que me iban a quitar, de tu desamor y el mío, o del fin inevitable de todas las cosas.

Segundo Premio Cuento Breve
Categoría Socios (año 2000)
Autor: Dr. Nadal Vallespir Valin
Seudónimo: "Atacama"

Todas las tardes de Rosa

Estoy seguro de que si intentaba hablar, si procuraba rasgar ese velo de desánimo interpuesto entre ambos, le transmitiría mis temores, aumentando su pesadumbre. Ahora que estoy solo y puedo pensar más libremente, sin la confusión que me provoca el sin sentido de esta situación, creo que algo tendría que haberle dicho. No sé bien qué: en este extraño tiempo, desconcertante, al menos para mí, no he llegado a saber qué envolturas debería usar para confiarle mi sufrimiento.

Nuestro primer encuentro fue raro. No se me ocurre otro adjetivo. Yo volvía de una de mis acostumbradas caminatas (recorro una y otra vez las mismas calles, de las que sólo cambié su nombre, buscando los recuerdos que perduran en ellas). Me sorprendió que me saludara con más afecto del que lógicamente podría esperarse en una ocasión tan casual. Hace veinte años que vivo

en este barrio y creo que hasta ese día nunca la había visto. Quizás por eso mentí sin titubear cuando, luego de preguntarme si era nuevo en la zona, quiso saber mi nombre. "Enrique" –le respondí. Sentí su desconfianza. Su forma tan desenvuelta de actuar comenzó a incomodarme. Quería regresar al apacible silencio de mi casa –reconozco que soy bastante hosco– e instalarme sin urgencias bajo una ducha fría, olvidando este molesto encuentro. Recuerdo, creo recordar, que al mismo tiempo comenzaron mis dolores en el bajo vientre. Puede ser, no lo niego, que hayan aparecido por primera vez en el transcurso de ese verano, antes de conocerla, pero en mí quedaron asociados a la inquietante presencia de Rosa. A cualquiera que conozca mis pensamientos, le podrá parecer absurdo, hasta cruel, que me resulte ominosa esa viejita tan afectuosa e indefensa, que aun en los peores momentos

de inocultable tristeza trataba de no fatigarme con sus quejas. Pero no he podido evitarlo y sigo castigándome con mis remordimientos. Diría que en aquel momento fue más que nada un breve alerta físico, un incierto anuncio corporal. Ahora me es imposible dejar de reprocharme, pensando que esa impresión tan inquietante se originó tal vez en los dolores experimentados entonces.

Éstos continuaron, irreductibles, saboteando sin piedad mi rutina diaria. Fui espaciando los ejercicios, sin resignarme a dejarlos. Estaban obstinadamente incorporados a mi vida, a esa meticulosidad que era mi vida, la que ahora comenzaba a mostrar su fragilidad. Mis horarios de salida se tornaron imprevisibles pues su ritmo y su frecuencia eran impuestos por el peso sordo, desmedido, en la pelvis. Me asombraba que Rosa, sin embargo, adivinara siempre el momento

preciso. Una inexplicable desazón se anticipaba a recorrer todo mi cuerpo hasta que de pronto la veía aparecer, sin saber nunca de dónde, descubriendo después el fastidio y, sobre todo, la apremiante intranquilidad que me ocasionaba su presencia. Creo, desde luego sin atreverme a asegurarlo, que había algo sutilmente encarnado en ella que yo, en algún punto tal vez más sensible de mi piel, logré vagamente registrar. Pero su seducción me fue atrapando y me resultaba imposible escapar. De todos modos, aún hoy no sé si se justificaba que me alejara de ella solamente por unos presentimientos probablemente infundados, por una débil sospecha que no era ni soy todavía capaz de explicar.

“Así no perderemos nuestra amistad” –me dijo un día, persuasiva, aprovechando la discontinuidad de nuestros encuentros para que la invitación

a tomar el té en su casa me pareciera natural. No es necesario que describa los efectos opuestos que reavivó en mí su propuesta. Una sucesión de inútiles excusas cruzó por mi cabeza. Me avergoncé al notar su puerilidad y opté por aceptar sin ganas. Me sentí como un niño desamparado y me volví a avergonzar, esta vez de mis temores infantiles.

Me habitué a visitar a Rosa en las escasas treguas que me concedía mi inseparable dolor, una quemazón insistente que ahora se difundía sin obstáculos. Su apartamento pertenece a un edificio muy viejo, situado en una esquina próxima a mi casa. “No es posible que durante tantos años me haya pasado desapercibida” –pensé. Tomábamos el té en un estar acogedor, aunque algo recargado de adornos. Esto, casi imperceptible para la mayoría de la gente, no lo es para mí debido a mi profesión de decorador. Supuse que, favorecido por esta aptitud, una observación minuciosa del ambiente me permitiría develar lo que permanecía misteriosamente escondido tras esa fachada de cordialidad. Pero su mirada vigilante no me abandonaba. Esperaba mi llegada con el té ya pronto para no tener que ir a la cocina, pretextando que no sería una buena anfitriona si me dejaba solo.



Premio Colonia de Vacaciones (año 1999)
Tema libre. Obra: Bandoneonista. Autor: Dr. Hugo A. Lago Peña

Hablábamos poco. Mientras mis dolores se hacían más punzantes, desafiando con su invulnerabilidad a la inofensiva combinación de medicamentos, ella se iba entristeciendo. Esto me provocaba un sentimiento de indefinible extrañeza. Hasta ese momento no me había permitido entrever la causa de su pesar, lo que estimulaba mi imaginación, llevándome a fantasear las más extravagantes historias. Por mi parte, era incapaz de confiarle mi horrible pesadilla, esa sensación de un mal inexorable que avanza, omnipotente, como mordiscos de una tenaza insaciable, arrancando jirones de mi cuerpo. “Para no aumentar su angustia” –me trataba de justificar. Pero, si no quiero engañarme, debo aceptar que me inhibían una privacidad insobornable y un pudor exagerado, tributarios de mi carácter introvertido que, hasta su aparición, siempre me apartó, me protegió, de los conflictivos vínculos con los otros.

Ciertos días, sin que mediara ninguna causa manifiesta que hiciera inteligible el cambio, estaba más animada. En esos momentos, más confidenciales que aquellos de conversación lacónica y trivial, me sorprendía contándole mis recuerdos de infancia. Me lamentaba de la memoria poco veraz de mis sentidos, que creían reconocer en el aroma que desprendían sus mermeladas

aquel otro, lejano pero que no cesaba de impregnarlos, del hogar ya perdido. Esas tardes le pertenecían.

En uno de esos días me confesó una historia que no voy a referir en sus detalles. Aunque quisiera hacerlo, fragmentos enteros a los que nunca podré acceder permanecen encubiertos, algunos enterrados en su olvido, otros reservados a su intimidad. Muy sintéticamente, una síntesis que no hace justicia a sus desdichas, diré que fue precozmente separada de su único hijo a quien, tras una búsqueda dolorosamente incierta, recuperó muchos años después. En la época en que nos conocimos, Eduardo, el hijo recordado, comenzó a padecer fuertes dolores. Le diagnosticaron cáncer. “Algo malo” –me dijo en realidad Rosa, como si la precaución de no nombrarlo fuera una técnica antigua para exorcizar el mal. La enfermedad se fue agravando. El final estaba muy cerca. Sin proponérmelo, una auténtica compasión se apoderó de mí, como ya lo había hecho antes Rosa,

confundiéndome mis dolores con los de su hijo y con su propio, incontenible, dolor. Pero una vez más la duda, la desconfianza, el temor primitivo, trabajaron mi mente. Mis sentimientos más positivos se dispararon tras ellos. Pensé incluso que su hijo estaba allí con nosotros, en alguna de esas habitaciones tácitamente vedadas para mí. A pesar de que nunca en las siniestras, recién ahora me atrevo a denominarlas así, nunca en las siniestras tardes con Rosa tuve algún indicio de su presencia. Ni una demanda, ni una queja, ni siquiera una tos ahogándose en el momento de producirse para no ser oída.

Mientras voy reviviendo esta extraña historia que me parece ajena, mi cuerpo se va desvaneciendo sobre el colchón hundido por el peso que tuvo en otro tiempo. De pronto, el teléfono comienza a llamar, insistente. Me alarmo al pensar en la proximidad del desenlace. Pero, acobardado por el dolor, detengo un movimiento reflejo.

El aparato siguió sonando durante un largo rato. Luego, el silencio. Si hubiera podido despertar, no habría sabido si era el hijo de la vieja que soñó ser Eduardo o Eduardo que soñó ser el hijo de la vieja.

Como todas las tardes a esa misma hora, una anciana tiene dispuesta la mesa para el té.